

Este texto está protegido por la ley de derechos de autor. No está permitido ningún tipo de adaptación ni uso sin el permiso correspondiente. El incumplimiento de esta prohibición y el uso del texto sin el permiso correspondiente constituirán una violación de la ley de derechos de autor, o bien de los derechos relacionados con dicha ley, y comportarán responsabilidades civiles y penales. En el caso de estar interesado en utilizar este texto, deberá dirigirse a los representantes legales correspondientes.

Julieta & Romeo 2.14

de

MARGARITA REIZ

Personajes:

Julieta: adolescente de 14 años alegre y extrovertida.

Romeo: adolescente de 16 años solitario e introvertido.

Julietta.—

1.^{er} día

Barrio marginal de una gran ciudad. Fábrica okupada convertida en centro cívico y situada al otro lado de una vía de tren. Fiesta de disfraces. Alumnas y alumnos de un instituto público se afanan por conseguir ayuda económica para su viaje de fin de curso del primer ciclo de secundaria. Julieta, que ha conseguido que les presten el centro y está organizando la fiesta, va y viene vestida de novia. Durante toda esta escena se oye la música muy alta y, a ratos, también lo que piensan ella y él.

Julietta.— Esto es un aburrimiento, así no van a sacar ni un *kil*, y se lo dije..., que lo mejor era hacer una fiesta familiar a media tarde con música en directo, malabares, cariocas, cuentacuentos... Pero no me hicieron ni caso... ¡Y paso de tanto ñiñateo!

Se va a un rincón y allí suelta, enreda y alborota su pelo rubio, descose con mucho cuidado algunas partes del vestido de novia... De la mochila, que siempre lleva a la espalda, saca carmín rojo y unos lápices de ojos y se mancha la cara, los brazos, los pies descalzos... Saca también un pequeño tul pegado a una diadema que se coloca, y un minirramo de flores blancas... Guarda lo que se va quitando..., tira de una empuñadura que sobresale de su mochila y saca una catana con la que comienza a realizar gestos marciales, al son de la música que se oye.

Romeo.— Esa chica otra vez... Es la que me ha presentado Mercucio al llegar... ¿Dónde se habrá metido mi primo...? No me está haciendo ni caso, no sé para qué he venido... ¿Qué hace...? (Ríe) Desde luego es la más divertida de toda esta fiesta... ¿Se ha disfrazado de la novia de *Kill Bill*...? ¡Qué crack, me gusta!

Julietta.— La mamonada es que tengo que quedarme hasta el final para cuidar del chiringuito, y los putos punkis se están metiendo de todo y luego se ponen violentos y la lían. ¡Si destrozamos algo, mi

hermano me mata! Después de la lata que le he dado para que nos dejaran hacer aquí la fiesta... Menos mal que ha venido Mercucio a ayudarme...

Romeo.— ¡Lo que faltaba, por allí vienen los plastas de mis amigos! Pero ¿qué pintan ellos aquí...? Les dije que yo venía para ver a mi primo y que esta fiesta no era para ellos...

Julieta.— ¿Quiénes son esos que acaban de entrar...? Tienen pinta de pijos... ¡Ya verás como entre ellos y los punkis la liamos! Y hoy soy la responsable... No sé cómo lo hago pero siempre me meto en follones.

Romeo.— ¡Vaya mierda! No entiendo por qué siempre tienen que ir detrás de mí a todas partes. A ver si ven el panorama y se van.

Julieta.— ¡Lo que faltaba!, son amigos de ese tal... ¿Romeo? ¿De dónde habrá sacado Mercucio un primo tan..., tan R-O-M-E-O? Claro, que él antes del desahucio vivía (*Irónica*) en una megaurbanización de casoplones superguays.

Romeo.— Voy a ver si el dj tiene otra música... Aunque me da que en este barrio solo pinchan basura rap o parecido.

Julieta.— Allá va el primísimo despistado. La verdad es que no está nada mal...

Mete la catana en su mochila, se recoge el pelo y adelanta a Romeo cantando a voz en grito partes de su versión particular del rap de Día Sexto "Haciendo el amor y la revolución".

“Solo existe algo más bello que tus ojos, la justa rebelión del oprimido con sus propias manos. En el presente la indignidad denuncia, mi muro de contención no aguanta ya tanta injusticia. Hagamos el

Julieta.—

amor salvajemente, como la revolución, sudando frente
junto a frente”.

Romeo.— Esa chica otra vez..., está muy buena, pero me gusta más
bailando con la catana en ristre que cantando rap.

Julieta.— Creo que me ha mirado... ¡Y qué ojos, Dios, qué ojos, cómo
miran! ¿Está intentando que cambien la música? ¿Se va a enterar el
guaperas ese!

*Comienza a sonar una conocida canción del grupo Nirvana:
“School”, que repite machaconamente el mismo mensaje que habla
de que no te creas lo que ves, porque es solo la suerte, que en
realidad has vuelto al instituto y estás “sin recreo, sin recreo, sin
recreo...”.*

Julieta.— ¿Nirvana...? Ha pedido que pongan *School*, de Nirvana.
Además de pijo es grunge. Recuerdo toda esa movida que me
explicó mi hermano sobre Kurt Cobain, el cantante del grupo, que
era un provocador que no quería el éxito e iba contra todo, que
consiguió unir dos culturas musicales muy diferentes...

Romeo.— ¡Escucha música de la buena, raperilla! Esto es otra cosa,
¿eh, Julieta? ¿J-U-L-I-E-T-A? ¡Me encanta ese nombre! Me voy al
patio a liarme un pití.

*Va hacia la puerta del local dando un rodeo para así pasar al lado
de Julieta, mientras va cantando a voz en grito el machacón
estribillo de la canción que ha pedido: “sin recreo, sin recreo, sin
recreo...”.*

Julieta.— *(Parlamento con contrastados cambios de ánimo)* Y este qué
quiere, ¿provocarme...? ¿Qué quiere decir con tanto “recreo,
recreo, recreo”...? *(Pausa)* ¡Qué mono! La verdad es que es
monísimo y no canta mal del todo. *(Pausa)* ¿Qué me pasa? ¡Me

estoy poniendo hasta cursi! Y es que al pasar me ha vuelto a mirar con esos ojos... ¡Voy fuera! *(Pausa)* Está en la puerta, ¿qué hago? No me queda otra que salir.

Julietta sale acalorada y se queda, ligeramente separada de la puerta, como respirando el aire fresco de la calle, entre sorbo y sorbo de su mini de cerveza. Se miran y remiran de reojo. Después de algunas dudas, Romeo, caballeroso, le ofrece a Julieta el honor de encender el canuto.

Romeo.— ¿Quieres darle caña al peta...?

A Julieta, ante el tono afectado y las palabras de Romeo, le entra la risa, aunque disimula lo mejor que puede. Él se ofende, pero también lo disimula... Comienza entre ellos un diálogo intercalado de pensamientos, disimulos, meteduras de pata y largas "charlas" en las que de lo que se trata es de impresionar al otro.

Julietta.— *(Riendo)* No, gracias, no fumo. *(Piensa)* ¡Mentira y gorda!

Romeo.— *(Piensa)* ¿De qué se ríe? ¡Solo trato de ser educado! *(A Julieta)* Claro, fumar mata...

Julietta.— *(Ofreciendo su vaso a Romeo)* ¿Quieres un... chupito? *(Al ver que él sonríe, piensa)* ¿Qué le hace tanta gracia?

Romeo.— No gracias, no bebo. *(Piensa irónico)* ¿Chupito...? Por ahora, empate técnico.

Julietta.— *(Piensa)* ¡Dios, qué caladón le ha pegado al peta, se lo va a tragar y yo ni probarlo! *(A Romeo)* ¿No bebes...?

Romeo.— Alguna vez una copa de vino, la cerveza no me gusta.

Julietta ¿No te gusta la cerveza...? *(Piensa)* ¡Julietta, te estás rallando! *(A Romeo)* ¡También hay calimocho! ¿Quieres una copa...? Bueno,

Julieta.—

copas no tenemos..., quiero decir un mini... *(Piensa)* ¡Bien, tía, ahora pareces retrasada mental!

Romeo.— No, no, gracias, estoy bien así, no quiero beber nada.

Julieta.— *(Piensa)* ¡Vaya, este no es de los tuyos! ¡Reacciona, Julieta, di algo inteligente! *(A Romeo)* ¿Te gusta la fiesta...? La he organizado yo... Es..., bueno, para recaudar fondos..., ya sabes... Yo todavía no..., me faltan dos años para el viaje de fin de curso, pero... Es..., bueno, la he organizado de disfraces para que sea más divertida... Por eso voy vestida de novia..., de novia de *Kill Bill*, ¿has visto la película...? Y tú, ¿de qué vas...? *(Piensa)* ¡Cállate, tía, ya no la puedes cagar más!

Romeo no puede evitar reírse. Ella le mira enfadada, pero finalmente tampoco puede contenerse. Los dos acaban riendo de buena gana.

Romeo.— *(Piensa)* Van tres a uno, mínimo, así que ahora tienes que intentar sorprenderla... ¡No la espantes con tus charlas, Romeo, que te conozco! *(A Julieta)* Pues yo, ya sabes, soy primo de Mercucio y él fue el que me invitó a venir... *(Despreciativo)* Y la verdad es que no pensaba, porque me imaginaba este ambiente tan...

(Cambiando el tono) Pero quería ver a Mercucio, que ya no viene nunca por la urba y no entendía por qué... *(Intenta arreglarlo)* Imaginaba que estaba a gusto en este barrio y quería saber por qué...

Julieta.— ¿Qué quieres decir con “es-te ba-rrio”?

Romeo.— *(Piensa)* ¡Respira, Romeo! Y piensa antes de hablar, que acabas de perder dos puntos de golpe. *(Simpático, acercándose a ella)*

Me llamo Romeo y algunas veces me comporto como un imbécil...

Julieta.— *(Muy seria y separándose de él)* Y yo Julieta y nunca me había reído tanto con un chico nada más conocerle...

Romeo.— ¿Con o de...?

Julieta.— Con y de...

Rien juntos y vuelta a empezar.

Julieta.— ¿Qué te gusta hacer...? (*Piensa*) ¡Muy aguda tu pregunta, Julieta!

Romeo.— Me gusta la filosofía, quiero estudiar Ética y Moral Contemporáneas. Empiezo en la universidad el próximo curso. ¡En la pública, no en la privada!

Julieta.— Qué interesante... Yo no tengo ni idea de qué haré con mi vida, todo dependerá de cómo ande el trabajo de mis padres, y además falta mucho tiempo...

Romeo.— Ya, claro...

Julieta.— La verdad es que debería ir pensándolo, ¡tampoco soy tan pequeña!

Romeo.— (*Piensa*) Se ha ruborizado, ¡me encanta!

Julieta.— ¿Por qué me miras así...?

Romeo.— (*Piensa*) Está más nerviosa que yo, ¡qué bonito! (*A Julieta*) ¿Así, cómo...?

Julieta.— Deja de hacerlo, ¿vale?

Romeo.— (*Piensa*) ¡Otra vez! ¡Roja como un tomate! ¡Qué divertido!

Julieta.— No sé..., eso..., mirarme con esos ojos...

Romeo.— Solo puedo mirarte con estos ojos, no tengo otros. (*Ríe*)

Julietta.—

Julietta.— Quiero decir que no me gusta que los chicos me miren así...

Romeo.— *(Piensa)* ¡Estás buenísima!, ¿de qué otra forma te vamos a mirar...? *(A Julieta)* ¿Así cómo...? *(Ríe más)*

Julietta.— *(Piensa)* ¿Te vas a poner chulito conmigo? *(A Romeo, provocadora)* Así, como si estuvieras destinado a salvar el mundo y fueras el nuevo filósofo de la humanidad...

Ríen juntos de nuevo. Se van acercando y rompiendo poco a poco las barreras y las distancias. Empiezan a compartir ideas, bromas cómplices, etc., como si se conocieran desde hace más tiempo.

Romeo.— *(Apasionado)* Ahora más que nunca hacen falta ideas, hay que pensar el mundo y establecer un nuevo orden, lo que hay está obsoleto y es falso, se hunde, nos devora. El sistema actual se fagocita a sí mismo porque ha caducado, tocado fondo. Ha llegado al final y se ha transformado, mutado, derivado en un cáncer mortal.

Julietta.— ¡Por Dios, vas para político, qué horror!

Romeo.— Te equivocas, primero son las ideas. Pensar el orden, las nuevas maneras de estar, de vivir... Con pasión, creyendo en ello. “¡Es mejor quemarse que apagarse lentamente!” dejó escrito Kurt Cobain en su nota de suicidio...

Julietta.— Eres un romántico sin causa...

Romeo.— ¡Y tú una contestona! ¿Es que no te impresiono...?

Julietta.— ¡Para nada!

Romeo.— ¡Pues toma nota y aprende, listilla! Hemos pasado de la era del vacío y el imperio de lo efímero —de Lipovetsky— a la vida

líquida, marcada por el miedo, la celeridad y el consumismo –de Zygmunt Bauman–. Un tiempo líquido que fluye vertiginoso y no permite que nada se consolide. No nos queda más remedio que despertar y rebelarnos, acudir a posturas anticomerciales, anticulturales, antisociales, antitodo, ¿entiendes?

Julietta.— (*Enfadándose*) Pues no, no entiendo, porque en realidad es todo mucho más fácil..., estamos jodidos porque el mundo está muy mal repartido y algunos lo quieren todo para ellos y que los demás seamos sus esclavos... ¡Como tú y tus amigos, los pijos! ¡Como tu padre, que le dio la patada al padre de Mercucio!

Romeo.— (*Cortante*) ¡Mi padre y yo no nos parecemos en nada!

Julietta.— (*Piensa*) Creo que acabo de pasarme bastante...

Romeo.— ¡Joder! ¿Qué pinta aquí mi padre...? Él no cree en la ideas ni en la gente, solo en el dinero. En tener cada vez más, en ser cada vez más poderoso... ¡Por mi padre tendría que estudiar Económicas, Empresariales – o las dos cosas – y aprender a no tener alma!

Se crea un silencio incómodo entre ellos que no saben cómo romper.

Julietta.— Solo era una broma, perdona si te he molestado.

Romeo.— No, perdona tú. (*De rodillas y con las manos juntas como en oración, cómicamente*) Perdona, perdona, perdona... Es que mi padre y yo..., como que no nos llevamos bien, de hecho no me hablo con él desde lo de mi tío... Supongo que Mercucio ya te ha contado que eran socios y que, como con la crisis la vaca iba a dejar de dar leche, había que sacrificarla. Como no se ponían de acuerdo con la estrategia por cuestiones éticas, pues mi padre, sin pensárselo dos veces, lo devoró como un tiburón devora a su presa y después vomitó los restos... Y que esa es la razón por la que el

Julietta.—

año pasado, a mi primo y a su familia, la policía les sacó por la fuerza de su casa... Y acabaron en este barrio...

Julietta.— ¿Qué tiene de malo este barrio?

Romeo.— *(Piensa)* ¡Qué respondona es, me encanta!

Julietta.— Mercucio es un tío estupendo y nos está ayudando mucho.

Romeo.— ¿Os ayuda en este... sitio...?

Julietta.— ¡Centro cívico! Era una antigua fábrica abandonada y la hemos okupado para hacer un centro cívico. Y sí, él es el encargado de la tienda de segunda mano... Antes la llevaba yo..., pero cuando Mercucio llegó al barrio vino varias veces a llevarse cosas que necesitaban en su casa... *(Muy orgullosa. Según lo explica se va animando cada vez más)* Este último año también intercambiamos comida o directamente la damos... Tu primo al principio venía sobre todo a por leche y pañales para bebé, y en un momento dado quiso ayudar, quería pagar con solidaridad... *(Irónica)* Aquí sabemos mucho de eso, ¿sabes? Y ya ves..., este es nuestro empeño de vida: ni vacía ni líquida, sino llena, pero que muy llena. ¿Qué te parece nuestra filosofía de vida? Como mucho más de carne y hueso que la tuya, ¿no?

Romeo.— *(Piensa)* Le voy a dar yo filosofía a esta enteradilla... *(A Julieta)* Dame tu teléfono, quedamos un día y lo hablamos.

Julietta.— Mañana a partir de las seis de la tarde estaré aquí, vengo todos los días. Vente, me ayudas y vamos hablándolo si quieres...

Romeo.— *(Piensa)* ¡Antes muerta que callada, es fantástica!

Julietta.— Lo mismo hasta podemos aprender algo de ti... No sé por qué, pero me han entrado unas ganas locas de contarte el cuento

Trato de aprender, de Lydia Davis, que mi hermano me leía por las noches. (*Guiñándole un ojo divertida*) A ver si lo pillas...:

“Trato de aprender que este hombre juguetón que me provoca es el mismo hombre serio que habla de dinero con tanta gravedad que ya ni siquiera me ve y el mismo hombre paciente que me brinda consejo en los malos momentos y el mismo hombre iracundo que da un portazo cuando sale de casa. Muchas veces he deseado que el hombre juguetón sea más serio y que el hombre serio sea menos serio y que el hombre paciente sea juguetón. En cuanto al hombre iracundo, es un extraño para mí y no creo que sea incorrecto detestarlo. Ahora estoy aprendiendo que si le digo palabras crueles al hombre iracundo, al mismo tiempo hiero a los que no quiero herir: al hombre juguetón que me provoca, al serio y al paciente que aconseja. Y miro a ese hombre paciente –al que más quiero proteger de palabras crueles como las mías–, y aunque me digo que él y los otros son el mismo solo puedo pensar que dirigí esas palabras al otro, al enemigo, al que sí merece toda mi ira”.

Tengo que confesar que no entendía un pijo pero que me dormía como un lirón todas las noches... Ahora me sirve para relajar la rabia que a veces me entra..., lo digo por si te sirve con tu padre... Y no es por molestar, que conste.

Romeo.— Sé que lo haces con buena intención y tomo nota...

Julieta.— Me cortas todo el rollo, tío, me abro...

Romeo.— ¡Espera, yo me sé una fábula que te quiero contar! (*Piensa*)
¡Rápido, rápido, invéntate algo para que no se vaya!

Julieta.— Vale, te escucho.

Romeo.— Sí, es..., es... ¡la fábula de Higinio! ¿La conoces...?

Julieta.— ¿Estás de coña...?

Julietta.—

Romeo.— (*Piensa*) ¡Tú tampoco te la sabes, Romeo, sal de esta como puedas! (*A Julieta, haciéndose el interesante*) Martin Heidegger fue el primero que le dio importancia al aspecto de cuidador del ser humano como modo esencial de estar los unos con los otros —más patente en los mamíferos, que no podrían sobrevivir sin recibir cuidados en los momentos iniciales de sus vidas — y él mismo recordaba precisamente esa fábula para ejemplificar de una forma tan bella ese modo de estar en el mundo y...

Julietta.— (*Cortándole*) Mejor cuéntame la fábula directamente.

Romeo.— (*Algo más inseguro*) Es que es importante ponerte en antecedentes... (*Recuperando su actitud anterior*) Porque precisamente hoy, siguiendo el hilo de esas ideas, muchos pensadores ven esa actitud de cuidar como la posible opción para reparar los fracasos del mundo actual. (*Como recitando de memoria una lección*) Porque hemos primado la actitud de dominar a los otros y a la naturaleza, llegando a obsesionarnos por incrementar el poder y la tecnología, con lo que hemos convertido a los seres humanos y al planeta en objetos, en mercancías, creando un mundo insano, pernicioso, asfixiante, en el que la pobreza, la indigencia, el hambre, la devastación de la naturaleza y de las personas son inevitables... (*Instantes de duda*) lo que está poniendo en peligro la supervivencia en general... Y eso...

Julietta.— ¿Y la fábula, qué...?

Romeo.— (*Piensa*) ¡No confieses que no te la sabes o estás perdido!

(*A Julieta, muy apasionado*) La felicidad en su sentido más amplio está en desarrollar aquellas capacidades y potencialidades más humanas, innatas pero acalladas y que dan sentido a la vida porque nos posicionan en conexión con el universo. Forjarnos un carácter en virtudes como el coraje, la prudencia, la justicia, la templanza y muy especialmente la cordura, que une los motivos de la razón y

los del corazón, y no porque vayamos a entrar en competencia con otros por destacar en ellas, sino porque competiremos con nosotros mismos para fortalecerlas y de ello obtendremos bienestar. Nuestro carácter es nuestro destino...

Julieta.— Me estás enredando, casi que me voy... (*Piensa*) ¡Ni te muevas, Julieta!

Romeo.— Ya, porque me gustas...

Julieta.— (*Piensa*) ¡Ay, qué peligro tiene este tío, sal corriendo!
(*A Romeo, provocadora*) ¿Y qué más...?

Romeo.— (*Piensa*) ¡Y encima respondona, es genial! (*A Julieta, riendo*)
¿Sabes que eres muy graciosa...?

Julieta.— (*Piensa*) ¿Y tú sabes que eres un bombón y que te comía entero? (*A Romeo*) Para gracioso tú, que prometes una fábula y me lías... (*Piensa*) ¡Pues yo también sé hablar de esas cosas! (*A Romeo*) Aquí también apostamos por la felicidad: indignados pero alegres... ¡Ahí vamos! ¡Luchando juntos contra las injusticias! Unos tienen los privilegios y toman las decisiones y otros nos jorobamos sin comerlo ni beberlo.

Romeo.— Ya veo lo que Mercucio ha encontrado aquí y entiendo por qué se ha desentendido de nosotros... Lo más importante no es llegar a los mínimos legales, sino a la “excelencia” que proclamaban los griegos, que era destacar por el buen ejercicio de una profesión desde que esta se vinculara a las personas, no a otras cosas...

Julieta.— (*Irónica*) ¿Te has leído todos los libros del planeta...?

Romeo.— (*Humilde*) Casi.

Julieta.— ¿Y los has memorizado para repetirlos como un papagayo?

Julietta.—

Romeo.— *(Piensa)* ¡Es preciosa! ¡Dice cosas interesantes, escucha y luego se te lanza a la yugular.

Julietta.— *(Piensa)* ¡Es guapo e inteligente, aunque habla demasiado! *(A Romeo)* Yo también conozco algún filósofo importante... Mi hermano, que por cierto te gustaría mucho, me ha hablado mucho de Kant y del respeto que sentimos al hacer nuestras propias leyes, leyes que pueden ser al mismo tiempo universales y...

A partir de este momento entran en un juego rápido de competencia a ver quién dice cosas más importantes y pomposas. Como si se tratara de una partida de pimpón, se quitan la palabra en un ir y venir de “y yo más..., y yo más...”. Julietta, con los recuerdos que tiene de lo que le ha escuchado decir a su hermano o a otras personas en el centro cívico; Romeo, con su memoria prodigiosa y sus horas y horas de soledad devorando libros de filosofía.

Romeo.— “Obra de tal manera que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otra, siempre al mismo tiempo como un fin y nunca solamente como un medio”, Immanuel Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Si fuéramos capaces de construir un mundo así, se llamaría el “Reino de los fines” y en él todos tendríamos “autonomía” y a cada ser humano se le trataría como un fin en sí mismo y todo estaría a su servicio: la política, la sanidad, la economía, las empresas, las profesiones, las actividades... Los esfuerzos de todos y de todo en función de las personas, no solo para no hacerles daño, sino para hacerlas sentirse grandes, fuertes, importantes..., la organización social no se basaría en la dominación y el orden general, se apoyaría en la ayuda mutua y ya nadie tendría que humillarse para conseguir sus derechos...

Julietta.— Esa es la utopía, aquí sabemos bien que en la práctica...

Romeo.— Sí, claro, es mejor que todo esté en venta, que todo acabe teniendo un precio, que los lobos se coman a los corderos y que nos preocupemos más de saber el precio que el VA-LOR de algo. Por eso me gusta la ética, porque alerta a mi inteligencia y me recuerda que es más relajado trabajar por el apoyo mutuo que en competición permanente. Me enseña que en la lucha por la vida parece más racional emplearse en juegos de cooperación, armonía, amistad, confianza. La actividad económica actual nos ha acostumbrado a interpretar que el juego es sacar la máxima ganancia de cualquier manera, caiga quien caiga. Nos han hecho creer que maximizar el beneficio a cualquier precio era la única y mejor opción, pero en un mundo que está formado por seres humanos las cosas no deben funcionar así porque, contra todo pronóstico, es irracional, porque...

Julieta.--- (*Suspira cortándole*) ¡Puf, eres demasiado denso para mí!

Se oyen voces y jaleo en el interior. Julieta salta impulsiva al cuello de Romeo y le da un beso en los labios, le coge la mano, le escribe un número de teléfono en la palma y sale corriendo.

Julieta.— ¡Pelea, me tengo que ir! Creo que algunos de los seres humanos que están ahí dentro no piensan lo mismo que tú... ¡Llámame cuando quieras, cansino, que eres un cansino!

Romeo la ve alejarse con una gran sonrisa, mueve la cabeza complaciente y feliz.

Romeo.— (*Mirando su mano y el número*) Beso en los labios y número de teléfono... ¡Ya te tengo, Julieta, serás mía! Antes tendré que acercarte un poco a mi mundo. Prefiero no imaginar qué te pones cuando no eres la novia de una película... A pesar de todo, Julieta es la chica más interesante que he conocido. (*Ríe embobado*) ¡Me

Julieta.—

entusiasma la idea de ponerme cursi pensando en sus labios!
(*Gritándole a las estrellas*) ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

Se ha ido alejando al hablar... Vuelve la cabeza...

¡Que les den a mis amigos, no me apetece nada hablar con ellos ahora!

Quiero seguir saboreando la felicidad absoluta que me ha dado Julieta en un instante.

Quiero imaginar millones de instantes futuros...

¡Ha sido una noche fantástica! ¡He conocido a Julieta y será mi chica, mi novia, mi amante, mi amor!

Mañana llamaré a mi primo y, cuando sepa algo más de ella, la llamaré...

¡Julieta, vas a convertirte en la reina de mi vida!

Desaparece. Dentro aumenta la bronca y se oyen gritos y amenazas.

2.º día

A continuación se sucederán una serie de escenas simultáneas, intercaladas, ordenadas o situadas en función, gusto o necesidad de cada puesta en escena.

Urbanización de lujo a las afueras de una ciudad. Zona ajardinada llena de flores, árboles, fuentes, pájaros... Romeo, sentado en un banco modernista, hace llamadas y lee o escribe apresuradamente mensajes con su móvil de última generación.

Romeo.— ¿Cómo puede ser que Mercucio lleve diez minutos comunicando...? ¿Estás despierto, Mercucio...? Te he llamado más de diez veces y te he mandado otros tantos mensajes, ¿se puede saber con quién hablas...? Porque desconectado no está, pero pasa de mí del todo...

Mira la palma de su mano embelesado. La besa.

¿Y si le mando un mensaje directamente a Julieta y no espero a que mi primo me cuente nada...? Supongo que al menos tendrá WhatsApp...

Mientras dejamos a Romeo manipulando de nuevo su teléfono, cambiamos de espacio y de protagonista: parque semidesértico, abandonado y sucio. Una Julieta feliz habla atropelladamente por teléfono, sentada en un banco destartado y roto.

Julieta.— Que sí, tío, que sí, como te lo cuento. La verdad es que ya te lo he repetido mil veces, pero es que fue flipante. (...) Sí, tío, sí, con tu primo, ¡alucina! Después te busqué y... (...) Ya, ya. (...) Pues no te vi. (...) ¡Una pasada, ya te digo! (...) Sí, yo me quedé un buen rato más. (...) Sí, intentando poner paz entre los violentos, ya sabes, como siempre. (...) Tuve que echarlos, menos mal que llegaron mi hermano y sus amigos y me ayudaron. (...) ¿Te fuiste pronto? (...) ¡Ah, claro! Por eso te he llamado. (...) Perdona, pero

Julieta.—

es que no sabía a quién llamar tan pronto en domingo. (...) Ya sé que vais al rastrillo de segunda mano a vender. (...) Ya, tío, enseguida te dejo en paz, pero es que o se lo contaba a alguien o me daba un yuyu. (...) No sé qué hacer, ¿le llamo o no le llamo? (...) Estoy de los nervios, no he pegado ojo en toda la noche. (...) Sí, tío, como que sin más le coloqué un beso en los morros. (...) Vale, vale, Mercucio, tienes razón, que llevamos cuarto de hora hablando y tu padre se mosquea. (...) Vale, que sí, que te llamo en una hora cuando ya tengáis montado el puesto y podamos hablar tranquilos. (...) Sí, no te preocupes, me relajo y pienso con tranquilidad las cosas. (...) Sí, guapo, gracias. (...) Hasta luego. (*Alterada y antes de colgar*) ¡Mercucio, Mercucio, de todas maneras mándame mensaje con contacto! (*Mirando su móvil*) ¡Mierda, ya ha colgado!

Mientras dejamos a Julieta con sus pensamientos volvemos con Romeo... Mismo espacio en el que se encontraba anteriormente. Escribe en su móvil y piensa en voz alta.

Convendría que el ritmo fuera rápido y que incluso se solaparan unas intervenciones con otras.

Romeo.— Espero que le guste... (*Dudoso*) Aunque lo mismo el mensaje es un poco pesimista... (*Convencido*) Pero seguro que le impresiona el contenido, es una chica muy sensible... (*Releyendo*) “Solamente cuando el último árbol esté muerto, el último río esté envenenado y el último pez esté atrapado, entenderemos que no se puede comer dinero”. Se lo envió y punto, al fin y al cabo ayer ya me fue conociendo. No somos tan distintos aunque vivamos de forma muy diferente...

Dejamos a Romeo con sus elucubraciones y volvemos con Julieta. Mismo espacio en el que estaba.

Julietta.— ¡Un mensaje! ¡Me ha entrado un mensaje de un número desconocido! ¿Qué hago, qué hago, qué hago? ¿Lo abro o no...? ¡Dios, me muero de ganas de saber si es de él! Porque la foto es la de un perro y no me saca de dudas... *(Se queda embobada mirando su móvil)*

De nuevo en el espacio de Romeo, que está con el teléfono pegado a la oreja.

Romeo.— ¡Menos mal, Mercucio ya no comunica! *(Pausa)* ¿A qué esperas, primo...? ¡Cógelo, has estado quince minutos comunicando! *(Pausa)* ¡Por fin! Mercucio, no te lo vas a creer, pero ayer... (...) ¿Cómo? (...) ¿Qué...? (...) ¡No, no, ni se te ocurra! (...) ¡Me ha colgado, el muy capullo! Que no puede ahora, que ya ha estado hablando con Julieta media hora y que ella ya le ha contado... ¿Que le ha contado qué...? Eso es precisamente lo que necesito saber... ¿Qué...? ¡Y lo quiero saber ahora mismo, no dentro de un rato! ¡Será gilipollas, el nota! *(Sigue lanzándole improperios a su teléfono. En ese momento le entra un mensaje y se queda boquiabierto leyéndolo)*

Mientras, volvemos al espacio de Julieta.

Julietta.— No sé si volver a llamar a Mercucio para que me diga qué le parece lo que acabo de hacer... Aunque la verdad es que no he hecho gran cosa, el mensaje que le he mandado es tan cursi como el suyo... De todas formas tengo que contárselo a alguien... Yo creo que ya puedo llamar otra vez a Mercucio... *(Manipula en su teléfono)*

Romeo sigue en el mismo lugar, pero se le ve más animado.

Romeo.— *(Leyendo)* “No mires hacia atrás con ira, ni hacia delante con miedo, mira alrededor con atención”. Pero bueno, ¿qué mensaje es este...? ¿Me estás retando, Julieta? ¿Quieres hacerme la competencia o qué...? ¡Te vas a enterar! *(Manipula su teléfono)*

Julieta, en el mismo lugar, ahora enfadada.

Julieta.— ¡Mercucio me ha colgado! Seguro que se habrá enfadado conmigo por ponerme tan plasta. ¡Pues si Mercucio no está operativo, llamo a Sheila! (*Manipula su teléfono*)

Romeo, en su banco manejando su teléfono muy activo.

Romeo.— Esto está bien..., muy en su línea reivindicativa, aunque divertido... Es una chica muy seria para su edad, pero se ilumina cuando se ríe... (*Releyendo*) “Ayer fui bueno, le di una limosna a un tullido. Esa mierda me gusta. Me dijeron que era el mejor y les contesté que no, que solo intentaba hacerlo lo mejor que podía, que estamos para ayudarnos, que solos no somos nada... Acto seguido, me equivoqué de salida, pagué dos veces en el metro, tuve que subir tres pisos una caja, con cuatro botellas de aceite de cinco litros cada una, porque el ascensor estaba averiado y después no pude hacerme un café porque la leche estaba caducada. Gracias, Murphy”. Enviar... (*Se repanchinga en el banco, satisfecho*)

Julieta, en su banco, muy alterada.

Julieta.— (*Al teléfono*) ¿Sheila..., te he despertado...? (...) ¡Ah, es que todavía es pronto! (...) ¿Las ocho...?, ¿solo...? No puede ser... (...) ¡Ya, que es domingo y no hay que madrugar! Si ya te entiendo..., perdona. (...) No me había dado ni cuenta, y es que tengo que contarte... (...) Bueno, vale, dentro de un rato. (...)

Vale, te dejo dormir, tranquila... (*Al colgar le entra un mensaje*)
¡Dios, otra vez él, qué guay! (*Lee*)

Romeo, mismo lugar. Piensa y de repente se decide por algo...

Romeo.— Si Mercucio no puede hablar, podría llamar a Teobaldo...
¡Sí, llamo a Teobaldo y punto! Que se fastidie si le despierto, al fin y al cabo es el que más me machaca de todos mis amigos... (*Duda*)
Aunque sé que no me puedo fiar mucho de él... Casi mejor esta

.—
vez..., precisamente por eso no va a regalarme el oído y me dirá la verdad de lo que piensa... ¡Aunque lo que más me mola es despertarle! De paso que me cuente a ver cómo acabaron la fiesta ayer... *(Manipula su teléfono)*

Julieta, levantándose del banco.

Julieta.— ¿Pero cómo se me ha ocurrido colarme por un tío tan friki...? ¡Se va a enterar el pijo este! Me voy a casa a buscar inspiración en Internet...

Romeo, levantándose del banco.

Romeo.— ¿Teobaldo...? Buenos días, amigo, siento mucho despertarte, pero es urgente que hablemos. (...) ¡No, mejor en persona, necesito consejo! (...) Sí, bájate al parque... (...) No, estoy en el grande, en el de la fuente con chorros géiser. (...) Sí, donde el otro día queríais darle de leches al negrata ese. (...) ¡Sin desayunar, por supuesto, es urgente, amigo, no puedo esperar! *(Al colgar se echa a reír)* ¡Qué gilipollas, va a venir! ¡Solo disfruto más jodiéndole la vida a mi padre! Ahora, que este es peor, la que lió con el chaval negro porque se había sentado en “nuestra” rotonda del parque... Claro que, como su padre es director adjunto en la Delegación de Gobierno, se cree el dueño del mundo y le encanta hacerse el gallito y pasarse trescientos pueblos al amparo de su papá... Y el papá se lo consiente todo al niño... *(Consultando el teléfono)* Julieta no me manda respuesta y ya hace un rato que le llegó mi mensaje... Voy a mandarle otro mientras viene el *pringao* de Teobaldo. *(Dudando)* No sé si al final será buena idea contarle lo de Julieta a Teobaldo, es tan clasista... *(Desecha la idea)* ¡Bah, si lo veo chungo, le cuento una bola y punto! ¡Yo a lo mío: mandarle otro mensaje a Julieta para quedar con ella hoy mismo en la ermita del cementerio del Camino Viejo, que nunca hay nadie!

En una habitación pequeña repleta de cosas curiosas por todos lados, sobre la cama Julieta teclea el ordenador, borra, busca, vuelve a escribir...

Julieta.— *(Dejando de teclear, mira y remira un rato entre cuchicheos, hasta que coge el teléfono con decisión) ¡Ni de broma le escribo más chorradas! Voy a ir directa al grano: “¡¡¡ALLÍ ESTARÉ ESTA TARDE SIN FALTA Y CON SORPRESAS!!! A las 18 h, ¿ok?”.*
¡Enviar! (Se queda como embelesada mirando su móvil)

Unas horas después. Simultáneamente vemos a Romeo, feliz y tranquilo, en un autobús, y a Julieta, en la habitación de antes, muy alterada, revisando una y otra vez su móvil y refunfuñando mohína. Finalmente pulsa un contacto y espera... A pesar de que cuando Romeo responde a la llamada telefónica de Julieta están en distintos lugares, veremos y escucharemos a ambos.

Julieta.— ¡Hola! ¿Qué tal desde ayer?

Romeo.— *(Al otro lado de la línea)* ¡Hola! Yo bien, ¿y tú...?

Julieta.— Esperando...

Romeo.— ¡¿Ya has llegado?!

Julieta.— Estoy aquí, en mi habitación...

Romeo.— Ah, claro, todavía es pronto... ¿Quieres algo...?

Julieta.— Pues no sé...

Romeo.— Pero nos vemos ahora, ¿no?

Julieta.— Es que como no has respondido a mi mensaje ni me has dicho nada...

Romeo.— ¿No quieres que nos veamos?

Julieta.— Sí, aunque mi amiga dice que somos muy diferentes y que esto me traerá problemas.

Romeo.— ¿Y tú qué dices?

Julieta.— Que eres majo...

Romeo.— Entonces, ¿nos vemos o no nos vemos?

Julieta.— Sí...

Romeo.— Sí qué..., que no quieres que nos veamos...

Julieta.— ¿Tú no quieres...?

Romeo.— Julieta, voy en el autobús hacia la ermita.

Julieta.— Ah, vale, en ese caso...

Romeo.— ¡Habíamos quedado a las seis, yo dije el sitio y tú la hora!

Julieta.— Ya, pero no dijiste si te parecía ok, y yo creía...

Romeo.— (*Ríe*) O-K, O-K, O-K... ¿Oyes el eco de mis palabras?

Julieta.— ¡Ni se te ocurra reírte de mí!

Romeo.— Ni se me ocurre, faltaría más.

Julieta.— ¿Llevo la sorpresa...?

Romeo.— Me encanta que me sorprendan y tú lo estás haciendo desde el minuto cero, princesa.

Julieta.— ¡No me llames princesa!

Romeo.— Es que yo quiero ser tu príncipe azul.

Julieta.— ¡No me gustan los príncipes y menos los azules!

Romeo(*Canturrea*) La novia de *Kill Bill* está asustada... Está asustada...

Julieta.— ¡Voy para allá! ¡Te vas a enterar, pardillo!

Romeo.— ¡Sin insultar, guapísima, que yo te respeto mucho! Y date prisa que me bajo en la próxima parada... (*Extrañado*) ¿Estoy hablando solo, me ha colgado...? ¡Me encanta el genio que gasta mi niña! Casi mejor que sea fuerte, porque después de lo que me ha dicho Teobaldo que piensa hacer... ¡Va a por ella, el muy cabrón! Tampoco creo que sea para tanto que ayer le echaran de la fiesta... Se estarían poniendo patosos y estupendos, como suelen hacer. La verdad es que mis amigos cada vez me gustan menos.

Unas horas más tarde. Romeo y Julieta están sentados sobre una alfombra y apoyados en la pared, tras el altar de una pequeña y coquetona ermita. Multitud de reflejos de colores los bañan, ya que el lugar se encuentra iluminado por el sol que entra a través de las vidrieras.

Romeo.— ¡Por fin estás a mi lado!

Julieta.— ¡Sí!

Romeo.— Ha sido un infierno esperar.

Julieta.— Sí.

Romeo.— Y encima Mercucio no me ha hecho ni caso.

Julieta.— ¿No?

.—
Romeo.— Y yo he metido bien la pata contándoselo todo a mi amigo Teobaldo.

Julieta.— Vaya.

¡El hijo de la gran puta va a pedirle a su padre que mande a la policía al centro cívico!

Julieta.— Empiezas a hablar peor que yo.

Romeo.— Ya ves... Pues parece ser que siempre le he estado jodiendo la vida y ahora me la quiere joder él a mí... Que si todos hacen lo que yo digo, que si quién me he creído que soy, que si vosotros sois unos muertos de hambre que no merecís vivir, que si tú eres una puta de mierda... ¡Y ahí le he soltado una hostia y he salido corriendo!

Julieta.— Hablas fatal.

Romeo.— Sí.

Julieta.— ¡Me moría de ganas de verte!

Romeo.— ¡Yo también!

Julieta.— De estar así, uno al lado del otro.

Romeo.— (*Extrañado*) Vaya...

Julieta.— No he podido ni comer.

Romeo.— ¿No?

Julieta.— Y encima no he parado de escribir todo el rato, más de quince poesías que dan ganas de vomitar.

Romeo.— ¿Te estás volviendo cursi...?

Julieta.— ¡Muy cursi!

Julieta apoya su cabeza en el pecho de Romeo, que la abraza cariñoso y suspira feliz.

Julieta(*Mimosa*) He traído la sorpresa, ¿quieres verla?

Romeo.— ¡Claro!

Julieta se levanta y, decidida, saca de la mochila mágica, la que siempre lleva a su espalda, el vestido de novia, el velo pegado a la diadema y el ramo de flores de tela...

Romeo.— (*Sorprendido*) ¿Te has traído a la novia...?

Julieta.— ¡Sí, se me ha ocurrido algo muy divertido!

Romeo.— Te falta la catana.

Julieta.— No es necesaria, porque vamos a casarnos.

Romeo.— ¡Ah, perfecto!

Julieta.— ¿Te gusta la idea?

Romeo.— Bueno, no había pensado todavía en ello, pero a lo mejor ya va siendo hora...

Julieta.— He traído dos anillos y una corbata.

—
Romeo.— Estupendo... ¿Has traído también al cura metido en la mochila?

Julieta.— *(Riendo y tendiéndole las manos para que se levante)* Pero ¿cómo eres tan tonto...?

Romeo.— No sé, por un momento pensé que una boda en una ermita necesitaría de un cura...

Julieta.— ¡Pruébate este anillo y no digas más tonterías!

Como quieras..., aunque no creo que me valga, es de pitufo...

Julieta.— *(Riendo de nuevo)* Los hice cuando era pequeña y usaba mis dedos como medida. Prueba en el meñique a ver..., ¡es muy importante!

Romeo.— ¡A sus órdenes, princesa! *(Aprovecha para acariciar las manos de Julieta y trata de besarla en los labios, pero ella se retira entre risas)*

Julieta.— Te he dicho mil veces que no me llames princesa, que no me gusta, aunque ya ves que voy a dejar que seas mi príncipe azul...

Romeo.— *(Insiste en su objetivo y pillándola un poco desprevenida consigue besarla en los labios)* ¡Era una necesidad vital, te lo juro! Además, como vamos a casarnos...

Julieta.— *(Aturdida y sin aliento, pero intentando parecer enfadada)* ¡Genial, pues ponte la corbata y dame el anillo! Voy a dejarlos encima del altar. En el centro. Tú y yo nos tendríamos que situar en los extremos, encenderíamos una vela y nos diríamos eso de que delante de Dios recibimos su bendición y de que SÍ queremos amarnos y respetarnos el resto de nuestras vidas y todo lo demás. Luego, con las velas en la mano, tendríamos que ir al centro del

altar..., TÚ me pondrías mi anillo diciendo lo que hay que decir..., y yo a ti, lo mismo. (*Breve pausa*) Después habría llegado lo de besar a la novia y todo eso... (*Llorosa*) Había traído hasta para hacernos unos tatuajes de “amor para siempre” al terminar la ceremonia... ¡Pero lo has estropeado todo con el beso! Iba a ser un ritual precioso...

Romeo.— Lo siento, princesa, no sabía...

Julieta.— (*Separándose llorosa*) ¡Que no me llames princesa, te he dicho mil veces!

Romeo Por mí hacemos todo eso de todas formas. ¿Qué pasa porque te haya besado? ¡Nos volvemos a besar y punto! Hacemos todo menos lo de los tatuajes, que no me gustan nada.

Julieta.— ¡Ni de coña, acabas de cagarla, principito!

Romeo.— Me encanta cuando vuelves a ser tú y te pones cariñosa.

Julieta.— Si lo que quieres es hacerlo sin más, pues lo hacemos..., sin rituales ni romanticismo ni nada...

Romeo.— ¡Mierda, volvamos a empezar!

Julieta.— Vale, quítate la ropa.

Romeo.— (*Bromea*) ¿Me has traído algo más que una corbata...?

Julieta.— (*Quitándose su ropa y poniéndose el vestido de novia a toda velocidad*) Vale, ponte mi maillot. Es que te voy a tatuar la espalda.

Romeo.— (*Mirando el maillot*) ¡De eso nada, odio los tatuajes!

Julieta.— Pues yo tengo uno en un sitio...

.—

Romeo.— ¡Me gustan las sorpresas, pero contigo es un sin vivir!

Julieta.— Te lo voy a hacer con henna, solo dura unas semanas y queda precioso. Servirá para sellar nuestro amor...

Romeo.— Es que no soporto los tatuajes...

Julieta.— No seas mariquita, que no duele... (*Exageradamente mimosa*)
Por favor... Por favor...

Romeo.— Solo si luego te lo hago yo a ti...

Julieta.— (*Provocándole*) ¿Qué dices que me vas a hacer...?

¡De todo, pero antes te voy a tatuar porque eres mía! (*Trata de bajarle el vestido de novia mientras besa su cuello*)

Julieta.— (*En un susurro*) ¡Yo nunca seré de nadie, que no se te olvide!

Romeo.— ¡Uy, qué miedo me das! (*Riendo la coge en brazos y la lleva en volandas hasta uno de los confesionarios*)

Escondidos dentro del confesionario, durante un rato solo oímos sus risas, arrullos y suspiros...

Romeo (*Off*).— ¡Necesitamos un poco de música! ¿Y mi móvil...?

Julieta (*Off*).— ¡Lo que necesitamos es un poco más de espacio! ¿Se puede saber por qué me has metido aquí?

Romeo (*Off*).— Es una caja de sorpresas, como tú.

Julieta (*Off*).— ¡Te da miedo que alguien nos vea!

Julieta se ríe de su broma mientras Romeo sale del confesionario en calzoncillos y corriendo de un lado a otro recupera toda la ropa que han ido dejando diseminada por la ermita y vuelve a encerrarse.

Julieta (*Off*).— ¡Muy bien, tú lo has querido! (*Autoritaria*) Ahora, siéntate ahí y ni te atrevas a tocarme un pelo hasta que no haya terminado de hacerte el dichoso tatuaje...

Romeo (*Off*).— ¡¿Así?!

Julieta (*Off*).— ¡Sí, así! ¡Y no muevas ni un músculo!

Romeo (*Off*).— Deja que ponga algo de música para animar la tarde.

Julieta (*Off*).— ¡Ni muerta, ya habrá tiempo después!

Romeo (*Off*).— Menos mal que también tengo manos...

Julieta (*Off*).— ¡No te muevas tanto y deja el móvil en paz!

Va cayendo la tarde... Comienza a oírse "Love Buzz", de Nirvana, que repite todo el tiempo: "¿Me creerías cuando te digo que tú eres la reina de mi corazón? Por favor, no me engañes cuando te hiero, simplemente no es lo que parece. ¿Puedes sentir mi zumbido de amor...?".

Julieta (*Off*).— Vamos fuera, aquí no se puede, no veo un pimiento y me está saliendo el tatuaje como el culo... No me importa si nos ven...

Romeo (*Off*).— En domingo por la tarde nunca viene nadie...

Julieta (*Off*).— ¿Y tú cómo lo sabes...?

Romeo.— *(Saliendo)* Sígueme, acabo de acordarme de otro escondite donde nadie nos molestará... Hay una pequeña terraza cerrada en la subida al campanario, junto a las vidrieras... Julieta.— ¿Te conoces este sitio como si fuera tu casa?

Romeo.— ¡Este sitio es mágico para mí, por eso te he traído!

Cargados con todos los enseres y medio desnudos, los vemos subir por una escalera al fondo. Mientras siguen riendo y besándose, oímos algunos comentarios más.

Julieta.— ¿Antes dijiste algo de la policía y el centro cívico o estoy soñando...?

Romeo.— Estamos soñando, sí. Pero algo dije...

Julieta.— Luego me lo cuentas, que ahora tenemos que volver a hacer el ritual completo...

Romeo.— Mañana van al centro cívico...

Julieta.— ¿Al centro cívico a qué?

Romeo.— Luego, princesa, más tarde... No quiero hablar ahora de eso...

Nirvana ha seguido sonando y repitiendo su estribillo: “¿Puedes sentir mi zumbido de amor...? ¿Puedes sentir mi zumbido de amor...?”. Sin que apenas nos demos cuenta ha caído la noche sobre ellos. Romeo habla a Julieta, que parece dormida.

Romeo.— Es casi media noche, tenemos que irnos... Julieta, mi amor, despierta.

Eres tan niña y a la vez tan adulta. Me pasaría todo el resto del

tiempo mirando tu cara soñadora, de niña... Y
ese cuerpo dormido, de mujer.

Eres maravillosa. Ha sido maravilloso.

Lo malo es que la vida, ahí fuera, sigue su curso y debemos salir.

Mi madre me ha llamado cuatro veces y me ha mandado tres mensajes, estará histérica.

Hasta mi padre ha llamado y yo no he hecho caso a nadie... No quiero despegarme de ti.

Julietta.— (*Despertando*) Debemos irnos, sí. Nuestros padres estarán preocupados y acaban de empezar a sonar las doce campanadas, no nos queda mucho tiempo... No quiero salir de tus brazos ni dejar de acariciarte, pero la vida ahí fuera sigue...

Romeo.— Acabo de oír la última campanada.

Julietta.— ¿Han dado las doce...? Hay que partir.

Salen atropelladamente, vistiéndose.

3.^{er} día

Puerta de hospital. Julieta sola, aunque rodeada de ruidos reconocibles, como si hubiera gente alrededor, pero ella se sintiera aislada, como fuera de esa realidad... Tiene algunas contusiones en la cara y se le nota visiblemente dolorida, física y emocionalmente. Parece haber envejecido diez años en unas horas.

Julieta.— (*Muy triste*) Es noche cerrada y me da miedo abrir el periódico otra vez...: “Greenpeace acusa al Gobierno de criminalizar deliberadamente las protestas pacíficas para acallar a la ciudadanía...”.

Nos han echado del centro cívico... Nos han desalojado cruelmente...

El lunes muy temprano, casi de madrugada, como sabuesos hambrientos los unos, ávidos de sangre los otros. Todos a traición y con alevosía...

Y a las diez de la mañana de ese mismo lunes todo había acabado. Pienso: “¿Qué dirán? ¿Cómo lo contarán...?”. Y siento las mentiras y el silencio en toda su dimensión. Romeo me contó que alguien dijo hace mucho tiempo: “Hay dos maneras de dejarse engañar. Una es creer lo que no es cierto; la otra, negarse a creer lo que es verdad”.

Y ahora estoy en la puerta de un hospital público. Atestado de gente dentro y fuera. Nos han arrebatado el centro cívico, para demolerlo, hace dieciséis horas, treinta minutos y diecinueve segundos. Al buscar noticias me asaltan algunos anuncios: “Pestañas y uñas postizas, extensiones de pelo, sucedáneos y derivados, triunfa la belleza efímera”. Romeo también citó algo sobre lo efímero el día que nos conocimos..., hace mil años de eso...

Él me avisó. Romeo me habló de ello nada más vernos, pero en ese momento no le quise escuchar. Me dijo entre caricias y besos que el lunes o el martes aparecería la policía. Llegaron el lunes a las seis de la mañana. Les faltó tiempo. Y no fueron amables. La resistencia

pasiva parecía ofenderles. Arremetieron contra algunos. Contra casi todos...

Luego llegaron esos que dicen ser amigos de Romeo..., llegaron los violentos, los intolerantes, los que van buscando camorra, mal nombrando la libertad y hasta gritando por la justicia...

Sin embargo, no fue a ellos a los que se llevaron, sino que fue a mi hermano al que la policía detuvo y esposó. Por alguna razón, él sí estaba en su punto de mira. Lo redujeron golpeándole aunque no ofrecía resistencia. Luego supimos que daba igual. Que trataron igual a todo el mundo...

Y, después, en la comisaría hasta a los menores nos tuvieron de pie, de cara a la pared, sin comer ni beber, sin dejarnos siquiera ir al servicio.

Con los brazos en alto...

Más de nueve horas.

Sin llamadas de teléfono, sin ningún acercamiento o contacto.

Más de nueve horas.

Como delincuentes.

Hay quien ya nunca conseguirá sacarse el miedo...

A alguien le escuché decir alguna vez: “Tratábamos de vencer la adversidad a través de la familia. Comprábamos una casa que heredarían nuestros hijos. Nuestros hijos compraban otra, que a su vez heredarían sus hijos y así sucesivamente se salvaban las familias. Mi abuelo creyó en eso y mi padre creía en eso. Familia, Dios, nación, muchas horas de trabajo diario y ya está todo lo que se necesita para vivir, para ser feliz...”.

Pasada la medianoche del domingo nos encerramos varias familias en el centro cívico. Familias normales que creíamos en el sueño del bienestar y ahora resistimos como podemos esta adversidad: una verdad con dos caras, y las dos malas para nosotros... No pedimos refuerzos porque no pensamos que llegarían tan pronto...

Ahora me han pedido que mire las noticias nacionales, pero en ellas solo veo SI-LEN-CIO, silencio y olvido...

Busco otro periódico y veo a la madre de Mercucio gritando enloquecida. Leo en el pie de foto: “Joven de 16 años, apuñalado en

.—
una reyerta callejera. Posible ajuste de cuentas entre bandas en un barrio pobre de la periferia. Se teme por su vida”.

Y es que, de repente, ellos también vinieron a sumarse al caos. Aparecieron preparados, con bates y cadenas y las navajas escondidas, como ratas. Y casi de inmediato se fueron acercando a mí, venían a por mí. No me di cuenta, pero Mercucio sí lo supo. Lo supo enseguida. Afortunadamente para mí, lo supo enseguida... Me extraño escuchándome gritar: “¡No me callaré!”. Al oírlo me lanzaron los primeros golpes...

Pausa larga.

Estoy en la puerta de un hospital. Estamos muchos y muchas, porque a Mercucio todo el mundo le quería. Porque era demasiado joven para morir. Porque le respetábamos...

Sí, he dicho para morir, porque acaba de salir un médico a hablar con los padres de Mercucio y después de escucharle se han abrazado llorando.

Mercucio ha muerto y ellos no están, los que me agredieron no han venido. Aunque tampoco les hubiéramos dejado siquiera acercarse...
¡Malditos cabrones!

Ayer odiaba la violencia, pero hoy les mataría.

De haber podido, de no haber sido tan débil contra tantos y tan fuertes, les habría matado allí mismo, en aquel mismo momento, antes de que gritaran “¡Maricón de mierda!” y a Mercucio le arrancaran la vida. Luché con las uñas y los dientes, pero no fue suficiente...

Ahora lo sé: si te maltratan, maltratas... ¡Después del horror es la única justicia que entiendes!

Me dolía más la vergüenza de mí misma que los golpes.

La rabia me quemaba mientras se extendía por mis venas.

Me arrasaba la furia, no entender. ¿Por qué? ¿Por qué las patadas, los insultos, el ensañamiento...? ¡¿Por qué, joder, por qué...?!

Pero eso no ha sido lo peor...

Le digo a Romeo: “Estamos llorando todos juntos por Mercucio, se está muriendo...”.

Me dice: “Ya sé que se muere, voy para allá”.

“¡¡¡NO!!!”, le digo, “¡Romeo, no vengas, te matarán!”.

Hay demasiada ira contenida alrededor del cadáver y le miento porque no quiero que venga. Discutimos...: “¿Qué ha pasado?”, dice él. “¿No podíais irnos sin más? ¿Teníais que enfrentaros a la policía...?”. “¿Por qué vinieron?”, le pregunto. “¿Quién les avisó? ¡Seguro que la culpa es de esos que estuvieron en la fiesta del sábado! ¡Señoritos de mierda!”.

Sí, he dicho “del cadáver”, porque Mercucio acaba de morir y todavía tengo que repetírmelo muchas veces para creerlo: “El cadáver de Mercucio... Mercucio está muerto... Un cadáver, un muerto..., Mercucio”.

En cuanto han confirmado su muerte, diez o doce han salido con palos a buscar a los culpables. Pero los culpables no están cerca, ni van a estarlo. Los culpables están blindados. No encontrarán más que a un único culpable que no es culpable. Romeo, que viene solo para acá. Al menos eso es lo que me ha dicho... Escucho repetidamente unas preguntas: “Pero, si ellos no son de nuestro barrio y nunca habían estado en el centro cívico, ¿de dónde salieron? ¿Cómo es que estaban en el desalojo? ¿Y la policía...? ¿Cómo es que vino tan pronto la policía?”.

Tan pronto, no. Yo era una niña la primera vez que oí hablar de ello. Hace casi diez años que empezaron a amenazar con venir... Romeo llama otra vez y otra y otra...: “¡Ha sido Teobaldo!”, dice, “¡ha tenido que ser Teobaldo! ¡Lo mato! ¡Antes de que acabe el día estará muerto, te lo aseguro! Pero primero tengo que ir a ver a mi primo. Lo entiendes, ¿verdad, mi amor?”. Él no sabe todavía que Mercucio ya está muerto... No he sabido decírselo. Todos hablan de muerte, de venganza, de aumentar el dolor y el sufrimiento... Yo también.

Y no me reconozco... Siento que me falta el aire y respiro con más rabia que nunca por si acaso se acaba y no queda más aire para mí. Por si tengo rota una costilla y por eso me duele tanto el corazón...

—
Un corazón que duele mucho más dentro, en un lugar irreconocible e inconcreto. Profundo. Un corazón que está atenazado por una garra que cada vez aprieta más y apenas deja espacio para huir...

Abro otro periódico y leo: “Mueren los genios del xx... ¿Quién tomará el relevo? ¿Quién tiene honradez y falta de miedo suficientes?, ¿quién altura y brillantez? Aun así tendremos que llenar el tiempo de belleza...”.

Y siento que tengo miedo y que a partir de ahora lo tendré siempre. Lo tengo amordazado, como una puta...

Eso me gritaban, y mientras aguantaba no paraba de pensar: “¡Dios mío! ¿Cuándo tendrán suficiente? ¿Hasta cuándo van a seguir...?”.

Y me oigo gritar: “Mi nombre es Julieta, sí, ¿qué queréis de mí...?”. Te obligué a irte, Teobaldo, sí, ¡os obligue a todos! Y no puedo seguir hablando porque una patada me deja sin respiración. Quisiera haber podido decir: “¡Sí, me atreví, pero no me atreveré más, por favor, parad ya!”.

Oigo los gritos de otros y los míos: “¡Como una puta! ¡Como una puta!”. “¡No, basta ya!”.

Empujones, golpes, ropa rasgada. ¡Me siento desnuda, manoseada, sucia! Y ya no sé si me queda voz para seguir gritando. Y durante mucho rato sigue latiendo en mi cabeza un “¡puta, puta! ¡Putas, putas!”, al ritmo cardíaco de mis sienes enloquecidas.

Pausa larga.

En la radio he oído: “Los psiquiatras diagnostican que sufre esquizofrenia, que murmura de forma inaudible, bebe coca *light* convulsamente y tiene delirios paranoicos con la CIA, el CESID, el CNI, el KGB..., por lo demás, es todo lucidez, inteligencia, sarcasmo, curiosidad insaciable..., cultura-baúl...”. (*Sarcástica*) ¿Cultura baúl...? Me gustan las cosas que me recuerdan a Romeo... ¡Romeo!: “¡No vayas al centro cívico, no vengas aquí, te están esperando mis amigos, los nuevos amigos de Mercucio!”. Quise decirle: “¡Escucha, por favor! ¡Sí, sí..., yo estoy bien, estoy bien, estoy bien, estoy bien!”. Y mi mentira me delata.

“No, no fue la policía la que le... ¡Le apuñalaron tus amigos, sus amigos!”. Pero ya no me escucha... Se ha puesto en marcha. Porque sin saberlo todo no puede entender que precisamente Mercucio, que pertenecía a los dos mundos, fuera apuñalado...

No puede saberlo porque yo no le he dicho todavía que me salvó, que se metió en el círculo que habían hecho a mi alrededor y que se enfrentó a ellos, que de entre los pies y las manos surgió una navaja anónima que le rajó la tripa de lado a lado, que gracias a él yo estoy aquí...

No, no se lo he dicho. No se lo he podido decir...

Y, aunque yo hubiera podido contarle mi vergüenza y mi rabia, él no hubiera dejado de dar la cara, porque habría sentido la llamada de la ira doblemente. Y mi pena. Más grande incluso que la rabia y que la vergüenza. Más que el miedo y el dolor...

Porque yo no era así. Yo creía que los intransigentes eran los demás, que la tolerancia era posible, y ahora me descubro intolerante, más intolerante que los otros, que cualquiera...

¡Tengo que salir a su encuentro, avisarle, está solo, nadie le escuchará ni le permitirá explicarse! Hay demasiado odio, toda la ira se ha reunido alrededor del cadáver todavía caliente de Mercucio...

Mi ira y la de la otra gente, la de los últimos meses, la de hace unos años, la de siempre, la de antes, la de ahora. La que está por venir...

Pobre Romeo, ¡él solo no podrá con tanta ira! Lo único que quería era abrazar a su primo y esperar que fuésemos capaces de resolver las diferencias.

Mientras hablaba ha seleccionado un número en su móvil. Llama. Espera. No obtiene respuesta.

¡No lo coge...! ¿Dónde estás, Romeo? Tengo que encontrarte antes de que sea demasiado tarde.

¡Romeo! ¡Cógelo, por favor, cógelo! ¡Un mensaje! (Se para en seco) ¡Dios, es una grabación! ¡No puede ser! ¡No es posible! ¡Son ellos! ¡Han encontrado a Romeo! (Grita) ¡NOOOO! ¡Quietos, vais a matarle! ¿Dónde están? Están..., están como en una especie de callejón sin salida... ¿He oído un tren...? ¡Están al otro lado de la

—
vía del tren, detrás del centro cívico! ¡Tengo que ir, pero no voy a poder llegar a tiempo...! ¡La moto de mi hermano!

Callejón sin salida. Romeo tirado en el suelo parece muerto, pero susurra palabras ininteligibles que, poco a poco, vamos entendiendo. Oímos a lo lejos el insistente sonido de la sirena de una ambulancia que se aproxima.

Romeo.— ¿Por qué lloras, mi amor? ¡Te quiero, preciosa, te quiero tanto! ¡Nadie me había hecho sentir lo que tú! (*Se ríe a carcajadas*) ¡Claro, que tampoco conozco a tantas chicas! Y las que he conocido no me han gustado... Demasiado pendientes de sí mismas... ¡Pero tú eres única, diferente, especial y guapísima! (*De nuevo serio*) ¡No necesito conocer a otras, sé que eres la mejor sin más! ¡Sé que eres mi chica! Lo presentí en el mismo instante en que te vi...

Pero no llores más, por favor, estoy bien, ¿no lo entiendes? ¿Cómo puedo hacértelo saber...?

¡Ay, no me muevas! Algo se me ha partido por dentro y duele. Eso sí: bésame, acaríciame, no pares nunca de hacerlo, tienes los dedos más dulces del mundo. Cuando tocas mi pelo suavemente, rozo el cielo con las manos...

Pero ¿qué te ha pasado, amor? ¿Por qué tienes sangre en los dedos...? ¿Por qué tienes sangre en la boca..., y en la cara..., y en la ropa...? ¡¿Por qué tienes tanta sangre?!

¡Ay, no me muevas ese brazo, ese brazo no, por favor, déjalo así, torcido, parado, descansando!

¿Dónde vas? No te vayas, preciosa, no me dejes solo. ¡Uf, no puedo moverme, si intento moverme, me duele la vida!

Julieta, ¿qué dices...?, ¿por qué gritas y repites otra vez: “Que venga urgentemente una ambulancia a la parte trasera del polígono dos, en la autopista catorce, en la fábrica okupada, sí, edificio

Buendía, sí... Estamos en un callejón sin salida, al fondo de la última calle...”?

No grites más y ven conmigo, sigue acariciándome el pelo, estoy bien así..., ya casi no me duele nada... Ven, sigue besándome y no repitas más veces lo mismo... Cuando tú estás a mi lado, no siento dolor alguno...

Amor mío, ahora todo es paz y solo quiero estar contigo y decirte que me siento bien, muy bien... Tranquila, Julieta, me estás asustando con tus gritos y tus lágrimas... ¿Por qué no me entiendes...?

De repente vino hacia mí y me besó, pero seguía llorando y gritándole al teléfono: “¡Vengan de una puta vez o serán responsables de su muerte, no voy a decirles más veces dónde estamos y qué ha pasado! ¿Qué mierda importa quién soy yo o qué relación nos une?”. Se sentó a mi lado y me regó con sus lágrimas y sus besos y me sentí la persona más feliz de la tierra... Duró poco, demasiado pronto oí una sirena y voces a mi alrededor y la dulce voz de Julieta que decía cosas, muchas cosas, muy rápido, muy alterada, entrecortadamente: “Ellos..., sí, muchos..., más de diez, con cadenas y bates, sí..., porque su primo acaba de morir... Tienen que salvarle, por favor... ¡Con cuidado, le duele mucho, está roto por dentro! ¿Por qué no le llevan ya...? ¡No se dan cuenta de que no da tiempo! ¡Maldita burocracia, qué coño importa ahora la puta tarjeta sanitaria o dónde o con quién vive! ¿No ven que se muere...? ¡Si hay que saltar la valla de hormigón, pues se salta y ya está!”.

Yo solo quería decirle que no se preocupara, que todo estaba perfectamente, que ya no sentía ningún dolor...

Pero todo cambió, una punzada se adentró sin piedad hasta el fondo de mi cuerpo abriéndose paso como un cuchillo.

¡Sufrimiento! Noto cómo unas manos grandes empujan mi pecho hacia dentro con fuerza...

Grite, sé que grite, pero no sé con qué voz lo hice: “¡¡¡Ayyyyyyyyyyyyyyyyy!!! ¡Dejadme en paz con ella! ¡Julieta! ¿Dónde has ido, Julieta?”.

La escucho insultar a todo el mundo, pero no la veo, ¿qué está pasando?

Quiero decirle: “Calma, Julieta, ya pasó..., otra vez me siento bien...”.

Pero no puedo moverme, ni hablar.

Y ella sigue gritando: “¡Dios, tengo que ir, tengo que ir, déjenme ir con él! ¡Necesito ir con él!”.

Noto cómo la sangre, que baja por mis ojos y me entra en la boca, sabe a sangre y está caliente y de nuevo siento mi cuerpo hecho trizas. Descubro aterrado que la sangre es mía. Lo sé, ahora lo sé, toda la sangre que tenía Julieta en sus manos, en sus labios, en su ropa, en su cara, era mía, toda era mía. ¿De dónde sale tanta sangre?

Alguien dice: “La herida de la cabeza es muy seria, voy a vendar y a inmovilizar el cuello y después arriba, a la de tres. Una, dos y...”.

Me alzarón sin querer escuchar como crujían mis huesos.

Me distancié otra vez y vi cómo subían a una ambulancia una camilla con un cuerpo tapado y lleno de cables y cómo una chica –¿Julieta?– se agarraba a la puerta e intentaba subir y no la dejaban y cómo la chica – Julieta – lo siguió intentando y cómo hablaba con alguien que le decía que no y después con otro alguien que movía la cabeza también negando...

Entonces ella – mi Julieta – se fue corriendo. ¡Nooooooooo!
¡Julietaaaaaaa, ven conmigo!

Y me absorbió el silencio.

Y una gran paz.

Y quiero contarle a ella que vuelvo a sentirme bien, pero no la veo ni la escucho...

Y en la paz y el silencio, los ojos de Julieta me sonríen y sus labios me rozan la oreja y me susurran palabras de amor. Si esto es la gloria, no quiero salir nunca de ella.

Y de repente vuelve la angustia y el ruido es ensordecedor: sirena, tráfico, cláxones, falta de aire, dolor intenso, pánico. El cuerpo ulcerado, roto. Las punzadas en la cabeza me taladran.

El dolor ha vuelto a asaltarme y oigo nítidamente voces desesperadas: “¡Esa chica otra vez, está loca, nos viene siguiendo en moto, como una loca, se va a matar! ¿Nos pita? Está pitando. ¿No pensará adelantarnos...?”.

La taladradora que se abrió hueco a través de mi cerebro devastado ha empezado también a perforar mis huesos y Julieta definitivamente se ha ido, porque he dejado de sentirla. No te siento, amor, ¿dónde has ido?

Ella me decía: “Un mundo diferente es posible. Sin violencia. Si nos lo proponemos, es posible. Hay que luchar por ello y no por otras cosas”. Me lo repitió tantas veces que había empezado a creerlo de verdad. Porque ella es muy fuerte y tan inocente... Tiene fuerza suficiente como para mover el mundo y cambiarle el eje solo para conseguir que eso sea verdad, el problema es que su mirada es demasiado tierna y su corazón de cristal.

Mira lo que está pasando, Julieta: tu corazón y yo nos hemos hecho añicos.

Tus amigos. Algunos de tus amigos me hicieron esto porque sí... Y los míos te maltrataron. Sí, ahora lo sé: te maltrataron a ti y mataron a Mercucio porque trató de protegerte. Y sin embargo él era de los suyos: fue al colegio con ellos, compartieron juegos y retos.

Fueron sus propios amigos los que segaron su vida.

Solo porque decidieron que no fuera posible que tú y yo..., porque tú perteneces a los otros.

Yo también me burlé un poco de eso.

¡Qué estúpido fui al menospreciar el poder del odio!

Me pregunto: ¿hasta qué punto nuestra libertad es nuestra?, ¿hasta qué punto la libertad no es solo un deseo de dejarse llevar por cada impulso?

Y es que mi mente, desde que he dejado de sentirte, Julieta, se ha puesto en marcha, no puede parar.

Me oigo susurrar agónico: “¡Mercucio, perdóname!”.

Y al momento un grito sin voz se atraviesa en mi garganta ahogándome: “¡Julieta, perdóname, nunca pensé que mi amor podría hacerte tanto daño!”.

Y otra vez me voy, lejos, muy lejos. Y desde arriba te veo, amor. ¡Por fin has vuelto! Te veo en la distancia, sobre una moto. A toda velocidad entre los coches. Acelerando detrás de una ambulancia que chilla entre destellos naranjas.

¡Calma, princesa, no me pasa nada, vuelvo a estar bien!

.—
Y tú estás preciosa, con las lágrimas secas surcando tus mejillas. Roja de ira contra el viento. Aferrada al manillar, concentrada. Pegada al paragolpes del coche que persigues. Tan pegada que no te das cuenta... Mi pequeña Julieta, no te das cuenta de que el semáforo se está cerrando. Que la ambulancia ha pasado y que no te ven...

Doy un respingo, ansioso aspiro una bocanada de aire hasta provocarme un ataque de tos... Vuelve el tormento, el aire no puede entrar y yo boqueo como los peces fuera del agua antes de morir. ¡Es horrible, pero tengo que avisarte!

Alguien ha dicho: “¡Lo tenemos, lo hemos conseguido de nuevo! ¡Ponle el oxígeno que está asfixiado! ¡Ya estamos llegando!”.

Y en ese mismo instante oigo un frenazo y un estruendo fatal y sé que has sido tú... Después de eso, silencio total. Ya no oigo nada ni me cuesta respirar... Solo que ahora no sé dónde estás. Has vuelto a desaparecer y ya no sé si volverás...

Julieta está apoyada en la pared de la ermita, detrás del altar, como el día anterior, vestida de novia, esperando a Romeo. Aunque es el mismo espacio, la luz ha cambiado, proyecta sombras y no colores, lo que da un aspecto irreal a la escena.

Julieta.— Sé que vendrá, tiene que venir. No va a dejarme aquí sola.

Empieza a tararear el estribillo del rap “La séptima fila del cine”, de Día Sexto. Se levanta y baila tranquila y feliz como en un sueño.

Julieta.—

“Con el vestido de tu cuerpo desnudo, me he hecho unas cortinas para no ver este mundo. Y es tan absurdo este frágil suburbio que me siento como una niña frente a un antidisturbios”.

Saca la catana de su eterna mochila y danza haciendo movimientos de lucha con ella, mientras repite el mismo estribillo.

Julieta.— ¡Me siento genial! La rabia y el miedo han desaparecido. Por eso canto y tengo ganas de bailar... ¡He desenterrado el hacha de la ira para danzar con ella! ¡No más muertes! ¡No más desacuerdos! Me siento como una niña que ha firmado la paz con el antidisturbios... Ya solo falta que liberen a mi hermano... ¡Me siento genial! La niña se ha hecho

grande. Se ha hecho fuerte. Se ha enamorado y no quiere esconderse... ¿Dónde estás, Romeo? ¿Por qué no vienes? Ven, mi amor... ¿Por qué no vienes ya? Este es nuestro sitio, aquí nadie nos tocará, nadie nos ofenderá... Aquí estaremos a salvo, amor.

Julieta sigue bailando y cantando feliz mientras se abre la puerta de par en par de la ermita y un gran pasillo de luz da paso a Romeo que avanza hacia ella sonriente.

Romeo.— ¡Dichosos los ojos, llevo una eternidad buscándote! Debí pensar desde el principio que estarías aquí... Vengo a buscarte desde el otro lado del mundo, amor, y no me iré sin ti.

Julieta corre por el pasillo de luz y se lanza a los brazos de Romeo. Su impulso es tan grande que los dos ruedan riendo felices por el suelo.

Julieta.— ¡Nunca nos separaremos! ¡Nunca más! ¡Prométemelo! ¡No importa quién nos llore, ni quién nos eche de menos! Me siento mejor que nunca y soy feliz, ¿qué más se puede pedir? Ya nada duele... Nada asusta. La rabia pasó, todo es perfecto.

Romeo.— Para, cariño, no será tan fácil... No hemos acabado. Julieta.— ¡Sí será tan fácil! Tengo claro que no pienso volver.

Romeo.— Yo también te quiero y me siento de maravilla aquí contigo, pero hay cosas para las que ahora quizás tenga algunas respuestas.

Julieta.— El mundo sigue igual de estrecho y desagradecido que ayer, que hace un rato. Igual de injusto que siempre y no lo quiero.

Romeo.— Por eso mismo, princesa, la vida es un regalo que debemos aprovechar. Tú eres una preciosidad y dices cosas preciosas. Eres un amor y lo llenas todo de amor. Eres lista, enérgica, especial, y lo que has empezado no resistirá sin ti. Por eso Mercucio te salvó. No podemos dejar que triunfe la traición y su muerte sea inútil.

Julieta.— Antes filósofo, ahora místico, ¡no hay quien te aguante!

Romeo.— Tú me aguantas, princesa.

Julieta.— No existen las princesas ni los príncipes, solo existen las personas.

Romeo.— Tú lo has dicho.

Julieta.— No quiero volver al odio, al deseo de agredir, a que la furia me nuble el pensamiento, a que la desesperación me deje sin aliento y la ira, sin alma... He estado tan cerca del monstruo, Romeo, que he podido mirarle a los ojos y no sé si podré vencerle. ¡No quiero ser capaz de cualquier cosa!

Romeo.— ¡Tienes principios y un corazón enorme!

Julieta.— ¿De verdad crees que se puede vencer sin usar las mismas armas? ¿Cómo era tu padre antes de transformarse en tiburón?

Romeo.— Sigo sin querer hablar de él...

Julieta.— Amor, he aprendido mucho en este viaje, pero...

Romeo.— (*Tendiéndole la mano*) ¡Ven, confía en mí!

Julieta.— Te seguiré, pero con los dientes afilados.

Romeo.— (*Le tiende la otra mano*) Guarda la catana y vamos...

Julieta.— Vale, aunque no va a ser fácil. Espera, se me ocurre una idea...

Saca un espray para hacer una pintada en la pared: "Julieta & Romeo 2.14". La miran sonriendo, Romeo coge el espray y pinta un corazón alrededor del mensaje de Julieta. Se dan la mano y salen decididos.

fin



MARGARITA REIZ

Es licenciada en Dirección de Escena y Dramaturgia por la RESAD de Madrid y realiza el Doctorado en Humanidades en la Universidad Carlos III.

Inició su trayectoria profesional dirigiendo la Escuela de Teatro del Ayuntamiento de Moralzarzal. Ha trabajado como redactora jefe de *Primer Acto* y ha sido profesora de diferentes disciplinas teórico-prácticas en la ESAD de Torrelodones (Madrid) y, actualmente, en la de Valladolid.

Tiene publicadas varias obras teatrales, entre otras: *Hambre ciega*; *Bernarda y Adela*; *Impresiones*; *Todo irá bien*; *Matar*; *Nostalgia del mar*; *María: La Negra*; *El puente de los mentirosos*; *Arañazos de gata*, etc. Sus artículos, trabajos de investigación o talleres también han sido editados, traducidos o premiados.

Forma parte de dos compañías en activo: con Karikatos sin Pausa, realiza la ayudantía de dirección en *Madre Lola*, que fue estrenada en el Teatro Rojas de Toledo e hizo temporada en el Teatro Alfil de Madrid. Asimismo, es autora de *Hambre ciega*, que dirigieron, primero, Carmen Dólera y, posteriormente, Eva Hibernia (representada en la Complutense, Círculo de Bellas Artes y Red CM); además, escribió y dirigió *Konfabulación* (teatro infantil) y, en coproducción con Bocaranga Teatro Oral, dirigió y versionó *La orilla rica*, de Encarna de las Heras. Con la compañía Marías Guerreras, estrenó textos propios como *Tras las tocas*, *Dímelo hilando* o *Piezas de bolsillo*; dirigió y escribió *Todo irá bien* para la Muestra de Teatro de las Autonomías; es autora de *El día de la culpa*, estrenada en la Cuarta Pared de Madrid y posteriormente seleccionada para el Proyecto Iguálate de la Comunidad de Madrid; dirigió *Juana – Delirio*, de Eva Hibernia, también para Cuarta Pared y con gira por Madrid, otras autonomías e Italia; ha escrito y dirigido el espectáculo de teatro/circo para público familiar *Pinotxa, aprendiendo a vivir*, estrenado en Los Rosales de Madrid, en Factoría Joven de Plasencia y que formó parte de la programación del IV Festival de Circo de Coria y de ¡Madrid activa! 2014/2015.

Además, ha trabajado con otros profesionales por encargo: para La Mala Compañía, dirigió en 2012 la obra de Laila Ripol *Atra bilis*; con Teatro de Maleta, ha escrito y dirigido *Naturalmente malos*, que se sigue representando

en la actualidad; escribió el texto que ofrece esta edición para el director Antonio López-Dávila y, recientemente, formó parte del proyecto internacional 365 Women, que dio como resultado el texto *Cuerpo marcado, alma libre*, actualmente en proceso de edición, así como de traducción y publicación en Italia.

